

ras personales y tomadas por manos distintas. Además, se completan referencias bíblicas y patrísticas, facilitando a los estudiosos un texto latino que merece la atención del exegeta y del dogmático.

Se echa en falta, sin embargo, que el editor actual haya resuelto la cuestión sobre la autenticidad del comentario con una breve referencia a las investigaciones del P. Gutiérrez, eludiendo, a diferencia de éste, las distintas cuestiones problemáticas. En efecto, la autoridad luisiana del comentario anónimo *ad Romanos* ha parecido dudosa desde el principio, entre otras cosas porque incluye una defensa de la Vulgata, algo sorprendente en fray Luis, y algunas valoraciones teológicas (por ejemplo, sobre la predestinación) contrastantes con opiniones claramente expresadas en obras ciertamente auténticas. A estas dificultades, ya señaladas y resueltas en el estudio de 1961, podríamos añadir alguna más que no mencionó el P. Gutiérrez y que esperamos merezcan la atención de los expertos en la teología luisiana. Por ejemplo, la opinión vertida en f. 399r (p. 130) sobre el motivo de la Encarnación: se menciona la sentencia de san Agustín y santo Tomás, que subordinan la encarnación al pecado de Adán, sacando todas sus consecuencias y sin mencionar para nada la opinión contraria o escotista, que es la defendida arduosamente por Luis de León en el resto de su obra conocida.

Justo es reconocer que en muchos lugares se descubre la doctrina tradicional de fray Luis. Así, por ejemplo, y mencionando textos menos conocidos por estudios anteriores, podrían señalarse los pasajes de p. 124 y p. 137 sobre la solidaridad de los hombres con Adán y con Cristo, el comentario a Gálatas 2,20 (p. 138), idéntico al que se encuentra en la obra publicada sobre esa epístola y en otros lugares; la consideración

del hombre como un microcosmos (p. 167), etc.

Un rasgo que conviene anotar, pues sorprenderá a algunos, aunque cada vez menos —ya fue subrayado por su primer estudioso— es su carácter antierasmiano: resulta bien interesante observar las frecuentes alusiones directas al de Rotterdam, tratado siempre críticamente. Un tropiezo importante, supuesta la autenticidad, para los muchos que han repetido las tesis de Bataillon acerca del erasmismo en fray Luis.

En definitiva, aunque no se hayan resuelto todos los problemas críticos que plantea, hay que saludar con entusiasmo la edición de esta nueva e interesante exposición bíblica de Luis de León.

J. L. Hervás

María Victoria TRIVIÑO (ed.), *Escritoras clarisas españolas. Antología*, BAC 523, Madrid 1992, XXII + 460 pp., 13 x 20.

Convenía que, en este VIII Centenario del nacimiento de santa Clara de Asís, alguien rescatara del olvido los muchos testimonios de santidad que la gran Fundadora ha inspirado a lo largo de los siglos. Así se hace en este libro que incluye escritos de varia condición, hasta ahora dispersos por distintos archivos monásticos o, en el mejor de los casos, en ediciones poco accesibles. Como afirma la editora, la edición es tanto más oportuna «en un momento histórico en que se vuelve la atención sobre lo femenino, en un momento en que se despierta el interés por la mística» (p. XIV). Además de ofrecer a los investigadores un rico filón de estudios, es de esperar que la nueva publicación

contribuirá a alimentar con la savia de los orígenes, a la gran familia Franciscana.

Imposible dar la lista de las autoras incluidas, que suman el número de 75 entre las tres ramas de Clarisas, Clarisas Capuchinas y Clarisas de la Divina Providencia. Abarcan cinco siglos, desde Isabel de Villena, la primera escritora medieval en lengua catalana, hasta alguna religiosa que sigue escribiendo aún hoy, pasando por Jerónima de la Asunción, primera misionera de Oceanía, y otras clarisas que evangelizaron Filipinas. Los escritos recogidos son muy variados, aunque casi todos en prosa: los hay de gran interés místico, histórico o literario; otros se contentan con reflejar la situación de su época. Bastantes se redactaron por mandato del director espiritual, personaje muy presente en multitud de testimonios por su capacidad de elevar o modelar las almas de estas religiosas. Aparte de ese influjo se nota el omnipresente de Clara de Asís, y más adelante el de Osuna, el de Pedro de Alcántara y el de otros místicos franciscanos. Por el arco histórico que abarca, y por la indudable santidad de muchas de estas autoras, la lectura del presente volumen brinda la oportunidad de comprender mejor los puntos firmes y la evolución de formas en la historia de la espiritualidad cristiana.

J. L. Hervás

Alonso DE OROZCO, *Antología de sus obras*, («Espirituales Españoles», Serie A, tomo 39), Eds. Universidad Pontificia de Salamanca-Fundación Universitaria Española, Madrid 1991, 691 pp., 13 x 19.

El Beato Alonso de Orozco es una de las principales figuras del siglo de

oro español y de la orden agustiniana, aunque quizá su estrella haya quedado algo mitigada por santos y escritores más populares. De hecho, aunque su producción escrita es abundante, la mayoría de las ediciones de sus obras son muy antiguas y difícilmente accesibles. Con esta antología, la importante colección «Espirituales españoles» recupera una vez más para un amplio público uno de los tesoros espirituales más importantes de nuestro siglo de oro.

Jesús Díez es el autor de la selección y edición, además del estudio previo y las notas. Estas últimas son muy pocas, pero la introducción es bastante completa, con un resumen biográfico y una presentación bien organizada de las obras principales del Beato. Además, cada uno de los capítulos y apartados en que se divide la obra incluye algún párrafo introductorio que presenta oportunamente la materia allí tratada.

La selección de textos es suficientemente amplia y representativa, agrupada en torno a los grandes temas clásicos de la espiritualidad: la vida espiritual como camino y lucha; los fundamentos antropológicos; la primacía de la caridad; la relación con Dios, Jesucristo, la Virgen, los santos y la Iglesia; la vida sacramental; las virtudes; la vida de oración; la formación, y un último capítulo dedicado expresamente a la vida religiosa. Se obtiene así un panorama completo de la rica enseñanza espiritual del Beato, constituyendo prácticamente un verdadero tratado ascético.

La edición no es crítica ni pretendía serlo, y nos parece lógico tratándose de una simple antología; sin embargo está bien cuidada y presentada, con las oportunas adaptaciones ortográficas y de puntuación, como es habitual en este tipo de ediciones. La numeración seguida de todos los párrafos puede resultar muy útil para su manejo, aunque